

en el país se formaron en gran parte las naciones que los españoles encontraron en él.

Los aculhuas en Tezozaco, habían llegado á un alto grado de civilización, cuando fueron invadidos y subyugados por los tepanecas pero habiendo llevado estos al estremo la opresión, se suscitó una reacción, en la que el príncipe Netzahualcoyotl, célebre como sabio, como poeta, y como guerrero, auxiliado por los mexicanos, libertó á su patria y comenzó para ella una nueva carrera mas próspera que la antigua.

Cuando los mexicanos al principio del siglo XIII llegaron de los países del Norte, no se establecieron en residencia fija, sino que continuaron una vida de emigración, por lo que hoy se llama el valle de México. Subyugados en una ocasión por una tribu mas poderosa, pronto recobraron su libertad, y se hicieron temibles á sus mismos opresores, y después de varias aventuras se detuvieron á las orillas del sudoeste del lago principal. Desde allí, se cuentan, que vieron parada sobre un nopal que descansaba en las garas, que tenía una gran indicación de sus oráculos que ofrecían felicidad á la ciudad que se fundase en aquel sitio, y que resolvieron fundarla, levantando sobre algunos pedazos de tierra secos ó isletas que artificialmente agrandaron, algunas chozas de cañas ó de tierra, donde vivían de la pesca, de la caza de las aves acuáticas y de las legumbres que producían las chinampas ó jardines flotantes. Aquel lugar fué llamado Tenochtitlan, ó México.

El trascurso del tiempo les hizo progresar en civilización y adquirir en todo el valle una gran reputación de guerreros, á la que contribuyó en gran manera el auxilio que dieron á los de Tezozaco para recobrar su libertad contra los tepanecas. Estos fueron en aquella ocasión derrotados tan completamente, que su territorio cayó en poder de los vencedores, y fué concedido á los mexicanos como recompensa por sus servicios.

Los aliados, por algun tiempo encontraron suficiente ocupación para sus armas en el valle; pero pronto pasaron el cerco de montañas que les rodeaban, y á la mitad del siglo XV bajo el primer Moctezuma, se habían extendido ya hasta el golfo de México. La ciudad veía suceder edificios de piedra á las antiguas chozas de caña, su población aumentaba, sus ciudadanos unidos le daban una estension mayor, se dice, que la que hoy tiene. El trono fué ocupado por una serie de príncipes hábiles, que supieron aprovecharse del aumento de recursos, y del espíritu marcial de la nación, y todos los años volvían los mexicanos á su capital cargados con

los despojos de ciudades nuevamente conquistadas, y conduciendo un gran número de cautivos, destinados á sacrificios sangrientos á sus dioses. Así se extendió su dominación del Atlántico al Pacífico, aunque en el interior no parece haber tenido muy considerable estension, formándose el imperio mexicano, poco mas ó menos, de lo que hoy son los departamentos de México, Puebla, Oajaca y Veracruz, y alguna parte, aunque parece haber sido muy corta, de Valladolid.

Mas este territorio, á principios del siglo XVI, no formaba un cuerpo de nación enteramente unido en opiniones. Muchos pueblos recién conquistados, solo obedecían por la fuerza y llevando impacientemente el yugo mexicano, que hacia mas duro el poco comedimiento de los vencedores, y el rigor con que se exigían los tributos: solo esperaban una ocasión, ó un apoyo para sustrarse á la autoridad del emperador. Este había aumentado su poder, alterando los antiguos estatutos de la monarquía, y el despotismo había producido descontento entre los mismos vasallos naturales del segundo Moctezuma, que reinaba á la sazón. Eesistían tambien algunas provincias en el mismo recinto del imperio, que como la de Tlaxcala, nunca habían llegado á sujetarse á la dominación mexicana, y que si bien por sí solas habían podido apenas defenderse, podían poner en graves cuidados á la capital, si llegaban á formar una alianza ventajosa. Y para completar la debilidad del imperio, se hallaba estendida la opinion, de que debían venir del Oriente ciertos hombres extraordinarios que se tenían como descendientes del sol, y que invencibles debían renovar la constitución del imperio.

Entretanto los españoles inmediatamente después del descubrimiento de Colon, habían ido poblado y conquistando las islas, y estas guerras que se emprendían á la sombra de la religion, pues el fin que se proclamaba era reducir á la fé cristiana á las naciones del nuevo mundo, ofrecían á aquellos aventureros, segun sus opiniones, el oro y el poder en esta vida, y la eterna felicidad en la otra, el martirio dudoso, el engrandecimiento probable, y el favor de Dios, seguro en todo caso. La corte sin embargo no creyendo la importancia del país nuevo, ocupada mas urgentemente con los negocios de Europa, no hizo por estas conquistas generalmente hablando, mas que promesas, y ni uno solo de los mas pequeños cuerpos de ejército de los muchos de que en aquella sazón disponía la corona de España pasó el Atlántico.

Dejóse, pues, á los particulares la empresa de formar establecimientos en América, y el sobe-

rano les concedía liberalmente títulos y derechos sobre tierras y poblaciones que ellos mismos debían conquistar, y que no pertenecían al rey. Así era como un gefe, ó un empresario formaba una expedición cuyos gastos costaba, ó á cuya cabeza se ponía, y la conducía ó mandaba á buscar fortuna en países nuevos. Entre estos gefes era notable D. Diego Velazquez, que gobernaba la isla de Cuba que había conquistado en 1511.

En 1517 preparó Velazquez una expedición, para continuar los descubrimientos en la parte oriental del continente. Confió el mando á Francisco Hernandez de Córdoba, colono distinguido por su valor y por su riqueza, y que se asoció al gobernador para adelantar los gastos necesarios á esta empresa. Equiparon á sus espensas tres bajeles, y en ellos se embarcaron 110 españoles mandados por Córdoba, y dirigidos por Maninos, uno de los mas hábiles pilotos, que había servido bajo el célebre Colon. La expedición se hizo á la vela de Cuba en 8 de Febrero de 1517, y fué á las costas de Yucatan, siendo recibido amigablemente en el puerto de Campeche. Córdoba hizo navegar hasta la embocadura de un rio, donde hizo desembarcar su gente para hacer aguada; pero fué acometido por los naturales del país con tal ímpetu, que 44 españoles fueron muertos, y casi todos los demas heridos. El comandante se retiró cubierto de heridas, después de haberse portado con valor; y en la vuelta, los invasores heridos y aquejados por la enfermedad, por el calor del clima, y por la falta de provisiones, perecieron en gran número bajo esta combinación de males. Córdoba murió poco después de su llegada á Cuba.

Pero ni la constancia de los españoles, ni el oro que el país nuevamente descubierto parecía ofrecerles en abundancia, les permitían renunciar el proyecto por el primer reves. Así fué que Velazquez preparó otra nueva expedición. Cuatro bajeles se equiparon á sus espensas y 240 voluntarios marcharon en ellos al mando de Juan de Grijalva, llevando orden de observar el país, y entablar relaciones con los naturales. El 8 de Abril de 1518, partió Grijalva de Cuba y desembarcó sus tropas en el mismo lugar, que tan funesto había sido á las de Córdoba. Allí tuvo que sufrir una valiente acometida de los habitantes, y aunque consiguió la victoria, le fué vivamente disputada.

Reembarcó sus soldados y corrió la costa, observando con sorpresa la feracidad del suelo y algunas ciudades, que parecieron á los españoles las mayores que hasta entonces habían visto en las Indias; en el calor de su imaginación creyeron ver semejanza en este país con su antigua patria España, y le llamaron Nueva

España; fueron recibidos por el pueblo con un respeto supersticioso, y como seres de clase superior. En seis dias obtuvieron gran cantidad de objetos de oro en cambio de algunas bagatelas de Europa. Algunos proponían establecer una colonia, y esperar nuevos refuerzos, que los hiciesen suficientes para cumplir sus deseos de conquista. Pero estando en gran número enfermos, y las provisiones agotadas ó echadas á perder por el calor, el comandante juzgó peligroso emprender en tales circunstancias subyugar á un pueblo, que había manifestado ya á los invasores el poder de sus armas, de una manera sangrienta, ademas de no ser conforme á sus instrucciones la fundación de una colonia. Exploró una parte de la costa de México, y volvió á Santiago después de un viaje de seis meses.

El éxito de esta expedición que había logrado su principal objeto, que era la explotación, y que por resultado de este presentaba un país que ofrecía las memorias queridas de la patria España, y en abundancia el oro de las Indias, avivó los deseos que el gobernador Velazquez tenía, de distinguir y enriquecerse con esta conquista, y solo se pensó en una expedición bastante fuerte para triunfar de los mexicanos, y en un gefe digno de esta expedición, pues Velazquez no pensaba ponerse á su cabeza. La expedición se publicó, y gran número de aventureros distinguidos se ofrecieron á tomar parte en ella; y Velazquez eligió para gefe á Fernando Cortés, hombre que se había distinguido ya por su valor y su astucia, en ocasiones difíciles.

Quería Velazquez que se le tuviese á él mismo como el empresario principal de la conquista, y que como á tal se le dejase la mayor parte de la utilidad y de la gloria; y para asegurarse sobre esto, obtuvo concesiones de la corte. Cortés, luego que fué nombrado, se ocupó con actividad en los preparativos de la marcha, y empleó en ello cuanto dinero poseía, y alguno que tomó prestado, ya en comprar municiones de guerra, ya en equipar á algunos de los amigos que llevaba, y que no podían subvenir á los gastos. Así fué como el gefe adquirió la fidelidad de éstos hácia su persona, por los favores que les dispensó aun antes de hacerse á la vela. Aunque este proceder y los consejos de los amigos del gobernador, habían suscitado en su ánimo algunas desconfianzas respecto de Cortés, mientras éste se halló presente tuvo el arte de calmarlos.

El 18 de Noviembre de 1518, sin auencia de Velazquez se hizo á la vela de Santiago de Cuba para la Trinidad, puerto de la misma isla, donde recibió refuerzos de gente y provisiones, por órdenes del mismo gobernador; pero en la



ausencia de Cortés, sus enemigos lograron escañar vivamente los celos de Velazquez, que no necesitaba mucho, persuadiéndole á que el nuevo gefe quería establecer una autoridad independiente sobre sus tropas, y sustraerse á la obediencia del mismo gobernador, por lo que éste mandó órdenes á los magistrados de la Trinidad, para que le privasen del mando; pero Cortés habia salido de allí para la Habana con precipitacion, en donde se le reunieron muchas personas de distincion, y aumentó sus provisiones.

Entretanto, Velazquez mandaba órdenes al gobernador de la Habana, para prender á Cortés, y enviarle á Santiago con escolta suficiente; pero un religioso franciscano avisó de todo á Bartolomé Olmedo, capellan de la flota, y Cortés con tal noticia reunió sus tropas, y les descubrió las intenciones de Velazquez. Los oficiales y soldados manifestaron una viva indignacion, y juraron derramar la última gota de su sangre en defensa de su general, y para llevar adelante sus proyectos. El gobernador de la Habana no quiso ó no pudo, poner en ejecucion las órdenes que tenia de Velazquez.

Aunque puede decirse que el gobernador y particulares, toda la poblacion de Cuba habian agotado sus recursos para esta expedicion, ella no constaba sino de once embarcaciones; la mayor de cien toneladas, otras tres de setenta ó ochenta, y las demas simples barquichuelos. Los hombres que conducia no llegaban á 700, y siendo de la tripulacion mas de ciento, los soldados no llegaban á seiscientos; solo 13 estaban armados con mosquetes; entre los demas habia 32 arbaletes, y los restantes llevaban armas blancas. Iban 16 caballos, y la artillería constaba de cuatro falconetes y diez piezas de campaña.

El 18 de Febrero de 1519, ó pocos dias antes dió á la vela de la Habana, y se dirigió á la Isla de Cosumel, donde encontró á Gerónimo Aguilar, español que habiendo estado prisionero ocho años entre los indios, habia aprendido su lengua. Continúo su camino hacia el rio de Tabasco, y resistiéndole los naturales les atacó. La resistencia de éstos fué obstinada; pero la caballería y las armas de fuego les aterraron de modo, que al fin se rindieron, y los vencedores obtuvieron abundantes provisiones, telas de algodón, y veinte mugeres esclavas, entre las que estaba la célebre Doña Marina, mexicana que entendia su lengua nativa y la de Yucatan, y que unida á Aguilar, que poseia esta última y la española, estaba en disposicion de servir de intérprete á los invasores.

El gefe español hizo reembarcar sus tropas, y siguió la costa hacia San Juan de Ulúa, donde se le presentaron dos individuos como men-

sajeros de los que gobernaban aquella provincia, á nombre de un gran rey que se llamaba Moctezuma: preguntaban á Cortés el objeto de su viage, y le ofrecian lo necesario para continuarlo. Cortés respondió que traia negocios importantes que comunicar al monarca en persona. Al dia siguiente, Cortés hizo desembarcar sus tropas, y comenzó á fortificar su campo. Los gobernadores se le presentaron al otro dia, y el español los recibió con demostraciones de respeto, les informó que era embajador del rey de España, el mayor monarca del Oriente, y les pidió que lo condujesen á presencia de su soberano. Los mexicanos pensaron hacerle desistir de la empresa con obsequios, cuyo valor avivó la codicia de los invasores, y Cortés insistió en ser conducido á presencia del rey.

Durante la entrevista, algunos pintores mexicanos se ocupaban en sacar imágenes de los bajeles, de los caballos y de las armas de aquellos hombres nuevos, para mandarlas á la corte. Cortés, para aumentar la idea de su poder, hizo evolucionar á sus tropas, y disparar la artillería contra un bosque, donde destruyó algunos árboles, y todo esto causó una grande impresion de terror en los indios. Al momento le mandó por obsequio algunas cosas de Egipto de poco valor; pero enteramente nuevas para el rey mexicano.

Los mensajeros volvieron cargados de buenas palabras y de obsequios para los españoles, entre ellos de muchas alhajas de oro, y piedras preciosas; pero rehusando Moctezuma recibir á los enviados del rey de Castilla. Cortés aceptó los regalos; pero insistió absolutamente en presentarse al monarca. Los mexicanos, poco acostumbrados á ver resistir así las órdenes de su emperador, y temiendo un rompimiento con enemigos tan poderosos, estaban espantados, y pidieron á los españoles tiempo para mandar un nuevo mensaje, lo que les fué concedido.

La corte se hallaba vacilante, y se dice que habia entre los mexicanos una creencia en cierta profecía de que unos hombres salidos del Oriente, en los que creian ver á los españoles, vendrian á apoderarse del imperio, y á renovar su constitucion. Moctezuma, sin embargo, cuando supo la obstinacion de Cortés, le mandó una orden para que saliese al instante de sus dominios, lo que el gefe español rehusó obedecer, y esto puso fin á sus relaciones pacíficas.

El campo de Cortés estaba agitado por divisiones intestinas: los unos, creyendo temerario atacar con tan cortas fuerzas un imperio tan poderoso, querian desistir de la empresa; los otros, á quienes su imaginacion aumentaba la gloria y el botin, no querian desistir. Cortés hizo que al fin todos adoptasen, ó al menos manifestasen

la última opinion, y que le pidiesen á gritos, que se condujese á México. Entonces procuró hacerse independiente de Velazquez, y adquirir otro título al mando; al efecto erigió á sus soldados en una colonia ó poblacion, á la que se dió el nombre de la Villa Rica de la Veracruz, reuniendo así las ideas dominantes de riqueza y fe, y esta colonia nombró una especie de ayuntamiento, en cuyas manos renunció Cortés su encargo, y que obrando á nombre del rey, le confirió el mando otra vez, con la autoridad que suponía ejercer por el monarca. Aunque algunos de los partidarios de Velazquez reprobaron este maneo, Cortés hizo apresar á los principales, y al fin logró atraerlos á su partido, derramando con profusion entre sus tropas el oro que habia recibido de los mexicanos.

Entonces Cortés hizo alianza con dos caciques mexicanos, con los que supo el descontento que reinaba en el imperio, y el tuvo el arte de persuadirles, que uno de los objetos de su venida era auxiliar á los oprimidos. Los caciques, ansiosos de sacudir el yugo, reconocieron por soberano al rey de Castilla, y los totonaecos siguieron este ejemplo, principiando así el gran sistema de hacer la guerra á los mexicanos, por medio de los pueblos indios del Nuevo-Mundo.

El gran cuidado que entonces estaba á Cortés era, el de las resultas que su conducta respecto de Velazquez, podia tener de parte de sus compatriotas. Para asegurarse, persuadió á los miembros de la colonia, á enviar una diputacion al rey de España, que le llevaria presentes magníficos, para asegurarse buena acogida, y los diputados recibieron órdenes para no tocar en Cuba. Mientras preparaban su partida, supo el gefe que algunos de sus soldados descontentos proyectaban apoderarse de los bergantines, y marchar á Cuba á dar noticia de todo á Velazquez, llevándose acaso tras de sí la mayor parte de la expedicion, en la que habia muchos intimidados á la vista de los peligros.

Cortés no esperaba de Cuba sino el patíbulo, y entre esta muerte cierta, y la dudosa victoria que podia obtener sobre los mexicanos, resolvió destruir todo medio de retirada, y persuadió á sus compañeros, que los bajeles estaban inútiles, que casi el mismo tiempo y trabajo que componerlos, costaria hacerlos de nuevo; y que destruyéndolos, se aprovecharian su tablazon y herraje, y tendrian el auxilio de los cien hombres de la tripulacion. Obtuvo el consentimiento de sus compañeros, y ayudado por ellos se sacaron á la playa las naves y se despedazaron, reservando el cordage, el hierro, y cuanto se creyó útil.

Entonces se dirigió con poco mas de quinientos españoles hacia México, aunque au-

siliado por un cuerpo de indios de Zempoala. Llegó sin obstáculo hasta Tlaxcala; esta era una república, que por una constante guerra habia conservado su independencia de México, á la que profesaba odio nacional. Temiendo que Cortés se convirtiese en aliado de Moctezuma, le rehusó la república el paso por su territorio, en que dió lugar á combates en que la superioridad de los españoles les dió la victoria. Sobre los campos de batalla quedaron millares de tlaxcaltecas; y se dice, que no murió un solo español. Cortés obtuvo un tratado con la república, por lo que ésta reconoció la soberanía del rey de España, y se obligó á poner á las órdenes del gefe europeo, todas sus fuerzas para combatir á México.

Instruido en Tlaxcala, en donde duró algun tiempo, de cuanto le interesaba saber sobre México, emprendió su marcha hacia ésta ciudad, á la cabeza de los ejércitos de Tlaxcala y Zempoala, y de su expedicion española. Moctezuma le invitó á ir á Cholula, que se juzgaba por los mexicanos el asilo de sus dioses, y donde se esperaba su proteccion. Mas el conquistador supo que los de Cholula, de acuerdo con los mexicanos, se preparaban á sorprenderle allí á traicion: logró prender á dos de los sacerdotes, que á fuerza de amenazas le confesaron la verdad de la conspiracion: entonces hizo reunir con varios pretestos en su patio, á los principales caciques, y á una señal dada, que fué un tiro de escopeta, todos los encerrados en el patio fueron muertos; y ademas, los aliados entrando en la ciudad, pasaron á cuchillo como tres mil personas de los habitantes. Esta carnicería sin batalla, no costó la vida á un solo español.

El ejército invasor continuó avanzando á México, y los pueblos odiando á Moctezuma, y temiendo á los vencedores, recibian á éstos cordialmente y se apresuraban á abandonar al firmo, que no se podia defenderles ni castigarlos. Los españoles se estacionaron cuando llegando á las cumbres de las montañas de Chalco, descubrieron el valle en que está situada la capital, en toda su hermosura, y creyeron ser aquel el fin de sus trabajos, que daban por bien empleados.

México en aquella época, especialmente durante la estacion de las aguas, estaba aislada del todo, de manera que no podia llegarse á ella sino en canoa por el lago, ó por medio de una de las tres calzadas que la unian al continente, y eran, la de Tepeyac, Tacuba y Coyoacán: Cortés continuó avanzando á la capital con los aliados, sin detenerse por los mensajes de Moctezuma, que unas veces le concedia, y otras le negaba el permiso de adelantarse. Cuando los españoles estuvieron cerca de la ciudad, vieron venir de ella una especie de procesion de hombres ricamente ataviados, y que servian de co-



mitiva al mismo Moctezuma, que conducido en hombros de sus principales vasallos, salía á recibir á los hijos del sol, como se reputaba á los españoles. Al arisarse el emperador, bajó de su rico trono, y el guerrero de su caballo de batalla, y se saludaron amigablemente. Despues, el monarca condujo á los españoles á México, donde fueron alojados en un edificio, en que Cortés colocó sus centinelas y su artillería, como en un castillo sitiado.

Al día siguiente por la mañana Moctezuma visitó á Cortés en su cuartel, y procuró inspirarle seguridad, manifestándole la antigua tradición que hacia esperar del Oriente unos hombres descendientes del sol, que habrían de conseguir y reformar la constitucion del imperio, y que á los españoles tenia por tales hombres. El gefe español sin embargo no estaba tranquilo: los Tlaxcaltecas le insinuaban, que no entrase en México, donde era facil cortarle la retirada con solo destruir los puentes de las calzadas: le aseguraron que los sacerdotes habian dicho al emperador de parte de los dioses, que solo en la capital podian ser vencidos aquellos hombres; y una escaramuza con las tropas que habia dejado en Veracruz, en la que un español habia sido muerto y cuya cabeza habia sido llevada en triunfo por las ciudades del imperio, habia destruido la opinion de inmortalidad de que sus soldados gozaban entre aquellos pueblos.

Viendo Cortés la veneracion que los mexicanos tenian á su emperador, se creyó seguro si llegaba á posesionarse de la persona de éste, y resolvió hacerlo: al efecto distribuyó sus tropas en pelotones pequeños, que sitió de trecho en trecho, sin despertar sospechas, entre su cuartel y palacio, y con algunos oficiales escogidos se dirigió á la audiencia particular del emperador. En ella imputándole ser el autor de las hostilidades en Veracruz, le acusó de traicion: el monarca le aseguró su inocencia, y aunque el general se dió por satisfecho, le manifestó que para probar aquella, convenia que fuese por algun tiempo su residencia en el cuartel de los españoles. Rohúese á ello el emperador, y habian pasado tres horas de conferencia cuando Velazquez de Leon, uno de los oficiales españoles, sacando su espada y dirigiendo su punta al pecho del monarca dijo: "A poderémos de él, ó matámosle." Moctezuma no entendió las palabras; pero temió la ejecución del ademán que veia, y consintió en seguir á los españoles: declaró á sus vasallos que iba con su plena voluntad, y de este modo evitó su oposicion, que ya se mostraba. Preso ya el monarca llegó el gefe indio Cuauipooça, que por órden de aquel habia atacado á los españoles en Veracruz: en castigo de esto, se le hizo mo-

rir quemado, y Moctezuma tuvo puestos grillos durante la ejecución.

Fuó recibido por los españoles con una ceremonia respetuosa; se le permitió ser servido por sus domésticos, y continuó mandando en apariencia; pero era en realidad Cortés quien gobernaba ya bajo el nombre del monarca mexicano: se nombraron nuevos gobernadores de las provincias, quitando de esos puestos á los fueron enviados á reconocer el país bajo la autoridad y acompañados de ministros del emperador, y aun se asegura que éste llegó á prestar homenaje á la corona de Castilla con el asentimiento de los grandes del imperio.

Tratóse de repartir el botin: se separó un quinto para el rey, otro para el gefe, y los gastos que se habian adelantado para la expedicion, y del resto tocaron á cada soldado poco mas ó menos cien pesos. La cordedad de esta suma escitó una murmuracion general, que con trabajo calmó Cortés. Quiso éste hacer adonar á los mexicanos el cristianismo; mas fueron inútiles sus tentativas, y solo logró que el emperador le intimase formalmente que pues estaba cumplida su embajada, debia retirarse de sus estados. El gefe respondió anuente, pidiendo solo tiempo para construir nuevos navios en que irse, cuya respuesta pareció tan plausible á los mexicanos, que ellos mismos dieron gran número de los suyos que ayudasen á cortar y labrar la madera.

Seis meses llevaba Cortés de mandar en México de este modo, cuando se le presentó otro motivo de alarma mas grave. Se le avisó que en Veracruz se habian avistado naves de Europa, y aunque al principio creyó ser sus mensajeros al rey que volvían, despues se desengañó de que era una expedicion enviada contra él por Velazquez, el gobernador de Cuba, y que era mas fuerte por el número de hombres y por su aumento, que sus propias fuerzas renidas. Entonces determinó dejar en México una corta fuerza á las órdenes de Pedro de Alvarado, uno de los mas valientes capitanes, y marchar con el resto hácia Pánufo de Narvaez, gefe de la expedicion nueva de Cuba. Despues de algunas negociaciones inútiles con este, al fin sorprendió de noche su campo con tal felicidad, que logró posesionarse de él con una fuerza que era el tercio de la de Narvaez, y con una pérdida insignificante no solo de su parte sino aun de la de los vencidos.

A estos, que se habian visto obligados á capitular, se les ofreció por el vencedor la alternativa de volver á partir á Cuba ó quedarse á su lado á tomar parte en los peligros y esperanzas de la conquista; una liberal distribucion de oro les hacia palpar las primeras, y casi ge-

neralmente se colocaron bajo la bandera del gefe vencedor, que vio mas que duplicada su fuerza, por una expedicion destinada para aniquilarle. Se dice, que la facilidad de este triunfo fué debida á la seducción que el padre Olmedo, capellan de Cortés y su embajador de Narvaez durante las negociaciones con Narvaez, habia conseguido operar en las tropas de este.

Entonces los mexicanos viendo á los españoles ocupados en combatir entre sí, y ostigados por la tiranía de Alvarado, que habia hecho pasar á cuchillo á mas de sesicantas personas de la primera nobleza, reunidas en el patio del templo mayor, con ocasion de cierta solemnidad, habian atacado la débil guarnicion que habia quedado en México al mando de Alvarado, y la habian reducido á una situacion casi desesperada, de la que Cortés vino á sacarla; pero este gefe, confiado en la superioridad de su fuerza, descubrió mas sus proyectos de no partir, y los mexicanos conocieron que se trataba de subyugarlos. La guerra se declaró furiosa, y los mexicanos, sin economizar su sangre, atacaron el cuartel de los españoles: nada los desalentaba, y los millares que perecian diariamente bajo el fuego de los españoles, eran reparados por nuevos batallones que con igual valor se entregaban á la muerte, por hacer algun mal á los invasores: estos hicieron algunas salidas, pero siempre desgraciadas, en las que fueron rechazados con pérdida y obligados á encerrarse otra vez, y el mismo general en una de ellas fué herido en una mano.

Cortés, que no esperaba tan fuertes ataques, determinó usar de un nuevo arbitrio para contenerlos; cuando los indios se preparaban á uno de ellos, hizo colocar al emperador revestido de sus insignias imperiales en un puesto visible: los mexicanos, respetándole, se contuvieron y escucharon una arenga que Cortés habia dictado y Moctezuma les dirigió; pero al concluir, el espíritu popular se pronunció tan decididamente contra ella, que una lluvia de flechas y piedras cayó sobre el monarca, con tal prontitud, que los españoles no tuvieron tiempo para cubrirle con sus escudos, y fué herido. Los mexicanos huyeron, como aterrados por su crimen, y los españoles retiraron al interior del cuartel á Moctezuma, donde murió pocos dias despues, acelerando él mismo, segun se dice, su muerte por actos de desesperacion, como arrancarse los vendajes, no querer tomar alimento, y negarse á abrazar la religion cristiana que por tales apóteles se le predicaba.

Entonces los mexicanos eligieron otro emperador, Cuíllahuac, y renovaron las hostilidades, fornicándose en el templo mayor. Los españoles fueron rechazados tres veces cuando trataron de apoderarse de este punto importante,

hasta que lo consiguieron, teniendo á su cabeza al mismo Cortés, que corrió gran peligro en la empresa, pues dos gefes indios dispuestos á sacrificar sus vidas por su patria, asiéndose del gefe europeo se precipitaron desde lo alto del templo, esperando arrastrarle en su caída y morir todos; pero Cortés, por un esfuerzo de vigor, se desprendió de sus manos y aquellos perecieron inútilmente.

La carnicería que se hacia en los indios atacando á pecho descubierto, era considerable, y el nuevo emperador adoptó el sistema de hostilizar por hambre á los españoles. Entonces conoció su gefe que no podia sostenerse ya en el centro de sus enemigos y resolvió salir de México: al efecto se preparó esta operacion para la noche, y se encomendó la vanguardia á Sandoval, el centro al mismo Cortés, y la retaguardia á Alvarado y Velazquez: el principio de la retirada fué feliz por la calzada de Tacuba, y se lisonjaban ya los invasores de salir sin ser sentidos; pero los indios habian vigilado sus movimientos, y se preparaban á sorprenderlos. Repentinamente los españoles oyeron resonar los instrumentos guerreros y fueron atacados al instante: todo México estaba armado, y el lago cubierto de canoas: los españoles resistieron al principio con su intrepidez ordinaria; mas su posicion en una calzada estrecha, el inmenso número de los enemigos, entre los que los muertos eran reemplazados al instante por otros, y la fatiga de un combate prolongado, les hicieron incapaces de sostener la lucha: empezaron á ceder, y la matanza no fué solo en los mexicanos: cuando al fin de la noche se hallaron reunidos fuera de México los que habian logrado escapar, hallaron que habian perdido la mitad de los españoles, mas de dos mil tlaxcaltecas, muchos caballos, y casi toda la artillería: algunos mexicanos que cayeron vivos en poder de los prisioneros se consagraron al dios de la guerra para ser sacrificados á él.

Cortés, despues de hacer descansar un poco á sus tropas, dirigió su marcha hácia Tlaxcala, donde únicamente podia esperar una recepcion amigable. Por seis dias caminaron por un país mal cultivado, padeciendo hambres y teniendo que luchar continuamente con los mexicanos que les perseguian: al sexto día llegaron al valle de Otumba, donde el ejército mexicano les esperaba para cortarles la retirada. Al bajar de una colina, los españoles distinguieron el llano, cubierto de enemigos, en tal número, que casi hacia imposible vencerles. Sin embargo, no habia alternativa para los invasores mas que morir ó combatir, y adoptaron el segundo estremo: á pesar de la ventaja de sus armas y táctica, el número de sus contrarios, que reemplazaban inmediatamente á los que perecian, no les



dejaba ver un fin á la batalla, y en su prolongación veían segura su pérdida: entonces se advirtió ó recordó á Cortés que los indios tenían un agüero supersticioso á la posesión del estandarte real, que llevaba uno de sus generales, y el jefe determinó arrebatarlo como último medio de triunfo: al frente de algunos de los soldados mas esforzados que le rodeaban, se lanzó hacia el estandarte mexicano, y tuvo la fortuna de romper las filas enemigas, apoderarse de él, y matar al general que lo llevaba. Los mexicanos entonces arrojaron las armas y huyeron atormentados, y los españoles, que obtuvieron una completa victoria, se apoderaron de inmenso botín. Al siguiente día entraron ya vencedores al territorio de los tlaxcaltecas, donde fueron recibidos amistosamente.

Quisieron entonces algunos de los de Cortés desistir de una empresa cuyas dificultades palpaban; pero éste manifestó su intención de conquistar á México, ó perecer. Pidió auxilios á la isla de Santo Domingo y de Jamaica, y sobre todo á los tlaxcaltecas; para dominar el lago, proyectó construir doce bergantines, que llevándose desarmados hasta las orillas, pudiesen armarse allí y botarse al agua.

Apenas podía Cortés calmar el descontento que cundía entre sus soldados, á los que para distraerlos, tenia continuamente ocupados en escursiones, no siempre inútiles, y que producian el gran bien de acostumbrar á la disciplina á los aliados tlaxcaltecas. Dos bajeles con armas y provisiones enviadas por Velazquez, para auxiliar á Narvaez, con cuyo triunfo contaba, cayeron en poder de Cortés, y la tripulación siguió su bandera: otro bajel enviado por el gobernador de Jamaica para participar de sus glorias, padeció grandes desastres, y al fin se vió obligado á entrar en Veracruz, y los soldados se alistaron bajo el conquistador: últimamente, un navio de España, fletado con municiones por algunos especuladores, vino á ser de gran provecho al jefe español, que compró todo su cargamento.

El 28 de Diciembre de 1520, se puso de nuevo en marcha para México, con menos de 600 españoles, 10,000 tlaxcaltecas, y 9 piezas de artillería. Apenas habia 80 mosquetes y arbolistas, y 40 caballos. Llegó casi sin oposicion hasta Tezoco, donde estableció su cuartel general, y se preparó á echar á la agua los bergantines. El emperador de México se disponia á la defensa, haciendo fortificar lo mejor que podia la ciudad, y colocando las espadas y puñales tomados á los españoles, en largos palos á manera de lanzas, con las que pensaba resistir á la caballería. Al mismo tiempo llamaba en su auxilio á las provincias del imperio, y pretendia, aunque en vano, romper la a-

lianza de los tlaxcaltecas con los españoles; pero habiendo sido atacado de viruelas, murió, y dejó la corona á Guatimotzin, jóven de sangre real, y de grandes esperanzas, que fué electo para el trono.

En tres meses que tardaron en acabarse los bergantines, Cortés empleó sus armas contra las poblaciones situadas á las orillas del lago, muchas de las cuales habian sido al principio capitales de estados independientes, recientemente sometidos á México, y que viendo una ocasion favorable para sacudir el yugo, engrasaron el partido español con un ejército de 140,000 hombres, no sin preceder crudos combates con los españoles, en que la vida de Cortés corrió peligro. Una conspiracion se formó entre los mismos españoles contra su jefe; pero éste, que fué avisado á tiempo, sorprendió al cabecilla, y lo ahorcó ante la misma puerta de su cuartel; y aunque cogió una lista de los conspiradores, entre quienes encontró nombres que no esperaba ver allí, tuvo la astucia de publicar que nada sabia, con lo que calmó la alarma, y vigiló á los conjurados.

Habiéndose concluido entretanto las piezas de que debian componerse los bergantines, fueron trasportadas á México por algunos miles de tlaxcaltecas, protegidos por 1,500 guerreros de su nacion, y 200 hombres españoles, con dos piezas de artillería, al mando de Sandoval; así, fueron vanas las tentativas de algunas partidas de mexicanos para interceptarlos. Por el mismo tiempo llegaron á Cortés de la Española, cuatro bajeles con 200 soldados, 80 caballos, 2 cañones y gran cantidad de municiones. El 28 de Abril de 1521, despues de haber ahondado un canal bajo los tiros de los mexicanos, que procuraban hostilizar á los que en el trabajaban, en presencia del ejército entero, y con la ostentacion de las ceremonias religiosas fueron lanzados al agua los bergantines.

Entonces el ejército español empezó el ataque de la ciudad en tres divisiones correspondientes á las tres calzadas, y Cortés en persona mandaba los bergantines para dominar el lago: los mexicanos cubrieron este de caños y atacaron á las naves de sus enemigos; pero pronto conocieron, que la superioridad de éstos era muy mayor en el agua que en la tierra. Los mexicanos sin embargo, á pesar de su inmensa morandad, se defendian con tal valor, que pasó un mes entero sin que los asaltantes, que sufrían pérdidas á su vez, pudiesen decidir la victoria.

Cortés entonces tentó un asalto vigoroso y general, mandando en persona la division de la calzada de Coyoacan: el impetu de sus tropas venció todos los obstáculos en el primer acometimiento, y llegó á entrar en la ciudad: un

destacamento que estaba á retaguardia encargado de conservar espedita la retirada, creyó que era el momento de participar de las glorias de los que avanzaban, y abandonando el puesto, fué á unirse con ellos. Mas los sitiados, animados por sus generales y sacerdotes, redoblaron sus esfuerzos, y hacian retroceder á su vez á los españoles: habian ademas cortadoles la retirada, y los invasores sufrieron allí un gran revés; murieron muchos, especialmente de los aliados: Cortés mismo, en manos ya de sus enemigos, apenas fué libertado por dos de sus oficiales, á quienes esta hazaña costó la vida, y salió cubierto de heridas. Cuarenta españoles cayeron vivos en poder de los sitiados. En aquella noche la ciudad se iluminó en celebridad de la victoria, y los fuegos que brillaban en la plataforma del gran templo, daban tal claridad, que los sitiadores podian distinguir á su luz á los sacerdotes mexicanos, sacrificando al dios de la guerra los prisioneros. Este espectáculo de sangre, al que la oscuridad de la noche hacia mas horroroso, aterrorizó aun á los soldados mas valientes.

Cuando el holocausto hubo concluido, los sacerdotes mandaron las cabezas de los sacrificados á las provincias vecinas, anunciando que sus dioses, satisfechos con la sangre de aquellas vicinas, prometan librarles de sus enemigos destruyendo á éstos dentro de ocho dias. Este pronóstico produjo gran desercion entre los auxiliares. Cortés, ya para desmentir la profecía, ya para recobrarle, suspendió las operaciones por ocho dias, en los que sus tropas, protegidas por los bergantines, descansaron seguras: entonces los aliados volvieron á serle fieles.

Cortés, mas cauto y alicionado por sus desgracias, emprendió un sitio mas formal: sus bergantines, cruzando el lago en todas direcciones, inundieron que se introdujesen provisiones á la ciudad, y la hambre vino á aumentar el conflicto de los sitiados, que en los continuos ataques que sostenian, perecian en gran número. Los sitiadores al fin penetraron en la ciudad.

SeSENTA y cinco dias habia durado el sitio de México, y los sitiadores, al avanzar hacia Tlatelolco, último punto de defensa de los sitiados, habian destruido las casas de las calles por donde iban pasando, incendiándolas y arrasándolas hasta los cimientos. La plaza hoy de Santiago presentó á los invasores un espectáculo horrible; las casas que la rodeaban se hallaban llenas de cadáveres, que no habian podido sepultar los mexicanos, y no cabiendo en éstas, habia muchos esparcidos en lamias plaza; de modo que no se podia dar un paso sin tropezar con ellos, ni respirar otro aire que el infecto con la putrefaccion: á esto se añadió la multitud de espectros humanos, que consumi-

dos por el hambre, se presentaron á vender su libertad por un escaso alimento. Los españoles tuvieron alguna compasion; pero los indios sus aliados, continuando sobre los vencidos la matanza, y se dice que eran inducidos é ella por el bárbaro apetito de comer carne humana.

Entonces los mexicanos se hallaron reducidos al espacio que media entre los templos hoy de Santa Ana y el Cármen, y desesperando de mas larga defensa, determinaron hacer escapar á su rey Guatimotzin por agua; pero Cortés habia tomado tan bien sus providencias, que el monarca fugitivo y su familia, acompañado de otros muchos nobles, cayó en poder de uno de los bergantines españoles. El rey se limitó á pedir al capitán tratase con decoro á su esposa, y puesto despues en presencia de Cortés, le habló con dignidad, y capituló la suspension de hostilidades, y la rendicion de las pocas fuerzas mexicanas que aun se defendian. En virtud de este suceso, los españoles quedaron dueños de la ciudad, en 13 de Agosto de 1521, y terminó la monarquía de los aztecas, para ceder su lugar á una nacion nueva, compuesta de la raza hispano-americana, que hoy subsiste, y de los restos de los antiguos indios que perdieron su nacionalidad.

Al dia siguiente se erigió en una azotea un solio que ocupó Cortés: á su derecha estaba Guatimotzin, y á su izquierda los demas conquistadores y señores mexicanos. Pidió el conquistador se le restituyesen los tesoros que ya antes habian recogido los españoles, y que se habian visto precisados á abandonar, y ademas los que tenia el emperador Moctezuma: aunque se despatcharon mensajeros, éstos no presentaron sino una cantidad que no correspondió á las esperanzas de los conquistadores, pues fundido el oro, apenas llegaba á diez y nueve mil onzas. Suscitóse una disputa entre los mismos mexicanos, sobre quien tenia la culpa de la ocultacion de los tesoros, y Cortés, cortando la discusion, se informó de aquellos reyes del modo con que tenian repartidas las provincias de su gobierno, y repartió él de la ciudad entre Guatimotzin y otro personaje indio, que solamente lo recibió, obligado del mandato de su rey.

Entonces se dió órden á todos los habitantes para evacuar la ciudad, lo que se ejecutó en los tres dias siguientes, presentando un espectáculo lastimoso: se enterraron los cadáveres, y se encendieron luminarias para purificar el aire por toda la ciudad.

No se omittia entre tanto diligencia para encontrar los tesoros; pero sea que hubiesen sido destruidos ó ocultados, sea que realmente no existiesen en la cantidad que se suponía, muy poco se reunió, aunque la investigacion se llevó hasta registrar los sepulcros de los indios,



para sacar de ellos las cosas preciosas con que habían sido enterrados los cadáveres. Cuando los soldados adquirieron este desengaño, estuvieron á punto de sublevarse, é hicieron reanar sobre el mismo Cortés, sus sospechas de haber ocultado para aprovecharse de ellos, los tesoros mexicanos. El gefe, para apartarlas de sí, las hizo caer á la vez sobre Guatimotzin, y ésto fué puesto al tormento de fuego para que declarase: lo fué en compañía suya otro caballero indio, que se suponía su confidente, y como ésto volviése alguna vez sus ojos al rey desposeído, como para pedirle permiso para declarar, el monarca le dijo: "Hombre de poco corazon, ¿estoy yo acaso en algun lecho de rosas?" Poco despues espiró el caballero, y Cortés, casi avergonzado, mandó quitar del tormento á Guatimotzin, culpando en lo sucesivo de esta crueldad inútil ya á la fuerza imperiosa de las circunstancias, y á los malos consejos de los que le rodeaban. Despues llevaba á Guatimotzin, en su compañía, aunque ésto se atribuía no tanto á honor que le quisiera dispensar, cuanto á miras particulares de política.

A los indios aliados, que eran en gran número, se repartieron los demas despojos de los mexicanos, y para el rey se apartó el quinto, y las cosas mas esquisitas y preciosas que se encontraron, aunque toda esta primera remesa se perdió, por haber caido el navio que las conducía en manos de un pirata. La toma de la capital atrajo á la sumision á las demas provincias del imperio, y aun muchas independientes de él: los españoles se derramaron por todas partes, y lo sometieron todo á la corona de Castilla, cifrando su seguridad en medidas violentas, que inspirasen profundo terror á los vencidos. A pretexto de destruir los idoles y cuanto tenia relacion con las antiguas supersticiones, aniquilaron los manuscritos y geroglíficos que no entendian, y cubrieron de tinieblas la antigua historia de México.

Despues de esto, pasó Cortés á habitar á Coahuacan, y para el gobierno civil de México los conquistadores nombraron regidores de entre ellos mismos. Cortés repartió las tierras entre sus soldados, señalándoles con cada territorio, cierto número de indios, que debían prestar servicios al señor, y ésto procurar su mayor bien civil y religioso, pues la instruccion en la doctrina cristiana se proclamaba como la mayor obligacion de los superiores. Se mandó dar cuenta de todo al emperador, pidiendo su aprobacion, y que continuase á lo que se habia conquistado el nombre de Nueva-España, que ya se le daba.

Uno de los mayores cuidados del conquistador fué entonces la falta de pólvora, para cuya abstraccion faltaba azufre: determinaron extraer-

lo del volcan de Popocatepetl, y al efecto se emprendió por dos soldados españoles subir al cráter: despues de una subida muy penosa por entre carámbanos de nieve, y una noche que pasaron en vela en las cuevas del volcan, pues el humo y fuerte olor de azufre no les permitió dormir, llegaron á la boca del volcan, y descolgándose por ella con cuerdas, suspensos sobre aquel abismo, llenaron unos sacos que llevaban colgados con el azufre que raspaban de las paredes, y proveyeron así á la vital necesidad que de él tenían. Por este tiempo recibió Cortés, primero una embajada con el hermano del rey de Michoacan, y despues la visita del mismo rey, en que éste se reconoció vasallo del de Castilla.

Mandó á Olid á conquistar á Ihuera, y á Orozco á lo mismo á Oajaca: y se ocupó principalmente en el reedifício de México, y distribucion de los cuarteles de la ciudad, colocandolos con separacion á los españoles de los indios: no faltaron conmociones en esta empresa; pero el gefe, ya con el rigor contra los mas faciosos, ya con la política con otros, y dando por gefes á los cuarteles de indios, á los mas distinguidos de entre ellos mismos, logró llevarla á efecto y hacer renacer á la arruinada ciudad, coronada de templos y edificios magníficos, infinitamente superiores á los antiguos. De resultas del recargo del trabajo, los indios padecieron mucho, y aumentaron sus calamidades: la peste y la hambre, provenientes del estado malo de la ciudad, y de la falta de provisiones, las que la guerra del año anterior habia destruido, ó no habia permitido acopiar ni sembrar.

Cortés y el ayuntamiento procuraron arreglar la policia de México, y proveer á la nueva colonia de mugeres españolas, que hicieron venir de España y de las islas ya sujetas á ella, con lo que se fomentaron los matrimonios, y útiles para la vida, de los que se introdujeron muchos. El ramo militar, tan urgente entonces, vos pobladores eran soldados, y Cortés se proveyó de hierro de fuera, y de cobre que habia en el pais, y se fundieron de uno y otro cerca de cien cañones. Se reconocieron los confines del reino de Michoacan y las costas del mar del Sur.

Mientras se ocupaba en todo esto el conquistador, Velazquez, el gobernador de Cuba, habia obtenido de Carlos V, que enviase á tomar el gobierno de México á Cristóbal de Tapia, y éste llegó á Veracruz con tal comision; pero los ayuntamientos de esta ciudad y el de México, que ejercian casi la soberanía en el pais, ayudaron de tal manera á Cortés, y éste manifestó tan resueltamente su determinacion de no aban-

donar el poder, que Tapia tuvo que contentarse con la oferta que se le hizo de que fuese con los suyos á poblar á Medellín, pais que se creia muy lucrativo. Como la presencia de éste die- ses lugar á turbaciones y aun quisiese hacer valer su nombramiento, Cortés lo despachó al fin á España. Entonces los enemigos del conquistador, viendo frustrados por este camino sus deseos de arancarle el mando, intentaron asesinarle; pero avisado á tiempo evitó el golpe.

Cuando llegaron á la corte los enviados de Cortés, á pesar de la oposicion de los amigos de Velazquez, obtuvieron para el primero el gobierno de las provincias conquistadas y el título de capitán general: se dieron muchas providencias en aquella, para el buen gobierno y utilidad de los indios, entre otros la de aprobar los repartimientos de ellos, que como anecios á las tierras, se habian hecho entrel os conquistadores, declararlos enteramente libres y mandar que se les tratara bien. Se arregló la distribucion de tierras, el culto y ramo eclesiástico, y el buen gobierno y escudo de armas á la nueva colonia, y se empezó á contener el espíritu de independencia popular, pues los regidores, en quienes residia casi todo el poder y que habian sido nombrados por todos los conquistadores, se mandó que lo fuesen solo por Cortés, á propuesta de los vecinos, y esto mientras lo eran por el rey.

Las benéficas miras del emperador respecto de los indios no tuvieron efecto, pues fué tal la oposicion que encontraron en los españoles, interesados en mantener los repartimientos, y tantas las representaciones que sobre esto hicieron, que Cortés se vió obligado á suspender la ejecucion de las providencias de España y representar á su vez al rey. Los mexicanos por su parte insistian en que se llevasen á ejecucion, y esto dió motivo á sublevaciones, que esigieron todo el talento, energia y actividad de Cortés para contenerlas, y que aunque se contuvieron, no fueron calmadas sin grave alarma de los españoles, y alguna sangre mexicana.

Un desembarco hecho por Francisco Garay, con 800 hombres y miras hostiles contra Cortés, puso á éste en cuidado; pero se tranquilizó muy pronto al saber que los soldados de Garay se habian desbandado, y que éste mismo no tenia otro recurso que implorar su amistad. Concedióla Cortés; estaban en muy buena armonia y aun se hablaba de matrimonio entre los hijos de los dos gefes, cuando al salir de los maitines de la fiesta de Navidad, á que ambos habian asistido, fué atacado Garay de un dolor de costado, de que falleció, no sin sospechas de ser Cortés causa de la muerte.

La corte de Madrid no tenia confianza en la fidelidad del conquistador, y para contrapesar

su poder, empezó á mandar á México ministros independientes de él, y tales fueron los del tribunal de cuentas, que se sustituyó en la colonia: compusiese éste de Alonso de Estrada, tesoro- ro; Rodrigo de Albornoz, contador; Gonzalo de Salazar, factor; y Peralmino de Chirinos, vedor: éstos empezaron á hostilizar á Cortés, ya rehuyendo pasarle en las cuentas gruesas sumas, que decia haber gastado en la guerra, ya informandole contra él al emperador: imputando á Cortés mala versacion en los caudales, injusticia y criminalidad en el gobierno, y sobre todo, proyectos de infidelidad á su soberano, y acerca de todo esto mandaron diferentes mensajes á la corte.

En estas circunstancias tuvo Cortés que ausentarse de México. Habia mandado á Olid á conquistar la provincia de Ihuera, distante mas de cuatrocientas leguas de México: mas Olid, cuando se vió á tanta distancia, se sustrajo de la jurisdiccion de Cortés, y cortó con él toda comunicacion. Luego que éste lo supo, determinó ir en persona á sujetarlo, y lo verificó, á pesar de la oposicion del ayuntamiento de México y de los oficiales reales, llevando consigo al emperador Guatimotzin y á otros príncipes mexicanos: éstos encontraron la muerte en la expedicion, pues dando por motivo una conspiracion, verdadera ó falsa, que entre ellos se tramaba, les hizo ahorcar una noche en las Carnestolendas del año de 1525, ya muy distantes de México. Los mismos autores españoles tratan de atroz esta ejecucion.

Procuró Cortés dejar el gobierno de México de tal manera organizado, que pudiese conservarse fiel y tranquilo hasta su vuelta. Dejó encargado de él á Alonso de Estrada, tesoro- ro; al Lic. Suazo, asesor del mismo Cortés, su íntimo amigo y que le debia grandes favores; y al contador Albornoz, al factor Salazar, y al vedor Chirinos, se los llevó consigo á Guizacoalcos, á donde apenas habian llegado cuando pidieron á Cortés licencia para volverse á México, y éste se las dió, asociándolos al gobierno. Como entre tanto habian llegado noticias de que Estrada y Albornoz habian reñido en México, hasta echar mano á las espadas, Cortés dió toda su autoridad al factor y al vedor, para que si cuando ellos llegasen á México, aun permanecian discordes el tesoro- ro y el contador, los procesasen y los privasen de oficio. Respecto de la expedicion de Ihuera, el objeto de ésta terminó, porque Francisco de las Casas, á quien Cortés habia mandado antes á prender á Olid, y que habia sido preso por ésto, logró quebrantar su prision y matar al mismo Olid.

La llegada á México de los enviados de Cortés, lejos de tranquilizar el gobierno, lo desordenó aun mas: los gobernadores discordaron



entre sí, y esto fué la causa, no solamente de rompimiento entre ellos, sino de motines y tumultos que turbaron gravemente la paz de la ciudad: apoyáronse al principio algunos de los gobernadores en Rodrigo de Paz, hombre el más poderoso que había en México, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Con el auxilio de éste, Salazar y Chirinos, llegaron á aprehender á Estrada y Albornoz, y á hacer embarcar al Lic. Suazo; pero cuando creyeron que ya Paz podría no serles necesario, trataron de deshacerse de él.

Divulgaron al efecto, que Cortés y los de su comitiva habían sido muertos por los indios, y requirieron á Paz para que pagase una gran suma de dinero que se decía deber Cortés á la hacienda pública, para lo cual juntaron gente, teniendo resistencia: lo mismo hizo Paz, resuelto á no obedecer, y por fin con buenas razones lo redujeron á que permitiese inventariar los bienes de Cortés. Entonces trataron de cortar toda comunicación, así con éste como con España: fueron vanos los esfuerzos de los amigos del conquistador para darle noticia de lo que pasaba, y llegó el caso de celebrar en México sus funerales. Castigaban rigorosamente al que dudaba de la muerte de los especionarios: vendieron los bienes de éstos en almoneda, y contra la seguridad de su persona, que sólomente habían prometido á Rodrigo de Paz, le hicieron dar tormento para que dijese el lugar en que Cortés tenía enterrados sus tesoros, y con pretexto que alborotaba el pueblo, le horcaron. Continuaron gobernando con iniquidad, y dieron á sus partidarios los repartimientos que originariamente había dado Cortés á sus soldados: la persecucion se ensancretó contra muchos: los más distinguidos capitanes fueron condenados á muerte, y la mediacion de todos los vecinos de México apenas pudo conseguir librarlos de la pena capital, pero haciéndolos embarcar para España: algunos otros se habían refugiado en San Francisco: los gobernadores cercaron el convento, sacaron de él á los refugiados, y los pusieron en la cárcel; pero el prelado Fray Martin de Valencia, que era el juez eclesiástico de México, fulminó entredicho á la ciudad, y saliendo en procesion con sus religiosos y vasos sagrados, se marchó á Tlaxcala: el pueblo se commovió, y los gobernadores se vieron precisados á volver á los retraidos al asilo, y á recibir la absolucion pública de Fray Martin de Valencia, aunque, como dice un escritor, vomitaban con irreverencia contra los frailes, con gran escándalo de los buenos cristianos.

Reconociendo Salazar y Chirinos, el odio que contra sí habían concitado, y queriendo

dar á su poder una base más sólida que el nombramiento de Cortés, que preveían acabaría con su vuelta, convocaron en México una especie de representación nacional: hicieron que los ayuntamientos de las ciudades y villas del reino, á semejanza de lo que se practicaba para las cortes en España, nombrasen diputados ó procuradores que se reuniesen en la capital. Abrióse este congreso, anuló los nombramientos de las autoridades, hechos por Cortés, y despues repuso á algunos y nombró de nuevo á otros: pero invistiendo á todos de sus cargos en virtud de la autoridad del congreso, y señalándoles grandes sueldos y emolumentos. Se enviaron á España mensajeros bien provistos de oro para contar á su modo lo que pasaba, y obtener la aprobacion de la corte.

El pueblo entre tanto murmuraba, se ensancretaba la persecucion contra los amigos de Cortés, y los mexicanos, que eran estorsionados por los nuevos gobernantes, huián á los montes ó tomaban las armas matando á cuantos españoles había en las poblaciones. Los gobernadores no tuvieron más recurso que llamar á la capital á los españoles, dispersos por todo el reino, y si no hubiera sido por la esperanza de la vuelta de Cortés, acaso hubiera sido general la sublevacion. El único respeto que restaba á los gobernadores, era el del emperador, y éste se debilitó hasta el grado de que decian públicamente, que no convenia enviarle mucho oro y plata, sino que con veinte mil pesos anuales bastaba; y dieron orden al justicia de Veracruz, para que obligase á volverse á España á cualquiera juez pesquisador que de allá viniese.

Para hacer creer la muerte de Cortés y sus compañeros, autorizaron á las mugeres de éstos para volverse á casar. Entre las sublevaciones de los indios, la que más cuidado causó fué la de Oajaca, en donde se había dado muerte á ocho ó diez españoles y á ocho ó diez mil indios, dependientes de éstos. El gobernador Chirinos salió inmediatamente con una expedicion á sujetar á los rebeldes, los que defendiéndose de monte en monte, burlaron al fin al jefe español: se dijo, que el verdadero objeto de esta expedicion era ocupar los desfiladeros por donde Cortés debía venir á México: como quiera que sea, Salazar quedó en el gobierno, y este era el más odiado de los dos gobernadores.

Las diligencias de los amigos de Cortés para noticiarle lo que pasaba, fueron vanas: pero habiendo llegado la noticia de su muerte á la Española, ésta mandó una embarcacion con un capitán de confianza á averiguarla: el capitán tocó en Cuba, y allí el Lic. Suazo le informó de la verdad: le dijo dónde estaba Cortés, y le dió pliegos para él, en que le noticiaba todo. Cortés dió orden á Gonzalo de Sandoval para

que marchase á México por tierra con la tropa, y él se embarcó en el mismo buque que había traído la noticia; pero impidiéndole la inclemencia del tiempo continuar de esta manera el viaje, despachó por fin á Dorantes, dependiente suyo, con pliegos, en que revocados los nombramientos de Salazar y Chirinos, sustituía en su lugar á Francisco de las Casas.

Salazar entre tanto, continuaba gobernando con su acostumbrado rigor, y los retraidos en San Francisco al abrigo del asilo, conspirando contra el cuanto podían: divulgaron una carta falsa, en que se suponía que avisaba Pedro Alvarado que iba á llegar á México, lo que hizo que Salazar abocara la artillería al palacio de Cortés y se formara una guardia de doscientos hombres; mas no se atrevió á sacar á los retraidos en San Francisco, que compraban armas y caballos y dudaban si sería mejor matar á Salazar al ir á misa, ó declararle la guerra. A esta sazón llegó Dorantes, y entonces se declararon abiertamente los retraidos: Salazar por su parte también se preparó á la defensa, y en la noche, á la luz de la luna, salieron del convento treinta hombres á caballo que corrieron la ciudad, gritando que los que quisieran acudir al servicio del rey, se reunieran en San Francisco, donde verían cartas de Cortés: ocurrió mucha gente: se nombraron allí por gobernadores interinos á Estrada y Albornoz, y algunos capitanes distinguidos, entre ellos á Andrés de Tapia, por gefes militares: al día siguiente emprendieron los sublevados atacar á Salazar.

Este, con mil hombres y doce piezas de artillería, había cubierto las bocas-calles de su casa. Tapia, queriendo evitar derramamiento de sangre, se acercó á caballo y casi solo, al lugar donde estaba Salazar, y le requirió á que mostrase las cartas que tuviera del rey para prender á Cortés: Salazar respondió, que no tenía tal carta; pero que lo había de hacer, ó moriría, y entonces Tapia gritó á los que estaban con el factor: "Caballeros, prendedlo: no queráis ser traidores." Entonces Salazar, tomó una mecha, é iba á dar fuego á un cañon, cuando uno de los capitanes le avisó que los enemigos le atacaban por la retaguardia, y determinó retirarse á su casa y fortificarse en ella: en la confusion de la retirada mucha de su gente quedó fuera, que viéndose abandonada, se unió al partido de Cortés. Se reunió el ayuntamiento, que confirmó los nombramientos de Estrada y Albornoz; hizo algunos otros, y á Andrés de Tapia, capitán general: se atacó la casa de Salazar, las puertas fueron echadas abajo, al fin fué preso, no sin derramamiento de sangre, y los vencedores con gran trabajo lograron libertarlo de la plebe, que lo quería matar. El gobernador, vencido, con una cadena al cuello fué paseado

por las callas y plazas de México, y no encontrando lugar bastante seguro en que ponerle preso, hicieron una jaula de gruesas vigas, que custodiada de soldados, le sirvió de cárcel. Aunque Chirinos con las fuerzas que tenía, quiso venir á México á socorrer á su compañero, fué perseguido por Andrés de Tapia: tuvo que refugiarse en Tlaxcala, en la casa de los padres franciscanos: allí fué preso, y llevado á México, lo encerraron en otra jaula al lado de Salazar. Los amigos de los vencidos fraguaron una conspiracion para libertarlos; pero descubiertos oportunamente, Escobar, que era el cabeilla, fué ahorcado, y á los demás cortaron á unos los pies y á otros las manos, y á los menos culpables castigaron con azotes. Se deseaba que se apresurase la causa de Salazar y Chirinos: pero aunque de los nuevos gobernadores, Estrada estaba de buena fé, Albornoz la detenía por cuantos medios podía, y ambos gobernaban, utilizándose personalmente de su cargo.

Entre tanto, en la corte de Madrid se intrigaba activamente contra Cortés, infundiendo al emperador sospecha de su infidelidad, y todo el injufio de sus amigos no pudo evitar que se nombrase, para resarcirlo, al Lic. Luis Ponce de Leon. Diéronse á éste instrucciones públicas, que contenian puntos para el buen gobierno de la colonia y armonia en general de los funcionarios de ella: aunque los procedimientos de Cortés eran el objeto principal de la residencia, se le trataba, sin embargo, con grande consideracion. Pero llevaba también el Lic. Ponce otras instrucciones secretas para ocuparse principalmente de las acusaciones que se habían hecho al conquistador, y en que se prevenia, que si todas ó las principales de ellas resultaban ciertas, se mandase á Cortés ir á España, y si no obedecía, se le obligase por la fuerza; con cuyo objeto se habían dado al juez de residencia amplias provisiones para que la audiencia de la Española y todas las autoridades, le ausillasen con gente armada, y mas de setenta firmas en blanco del emperador, para dirigir órdenes ó cartas á las personas que se considerase necesario.

Cortés se hallaba á la sazón en Honduras, enfermo de tercianas, y allí supo lo acaecido en México; llegó de esta ciudad Fray Diego Altamirano, su pariente, y le instó á que volviese á la capital, y á que se tratase con la dignidad que correspondia á su alto rango civil y militar. Cortés volvió á México, y su viaje fué una serie de obsequios y homenajes tributados por mexicanos y españoles: se regaban de flores los caminos: las autoridades salían á largas distancias á recibirlo, y se daban bailes y funciones para festejarlo: el conquistador lloraba de con-



tento, y á su llegada á la capital, Estrada, con el ayuntamiento y casi todos los vecinos de México, lo acompañaron á dar gracias á Dios á la iglesia de los franciscanos. Luego que llegó, dió providencias para restituir las cosas al estado que tenían á su partida.

Hallábase el día de San Juan en una corrida de toros, cuando llegaron á México los mensajeros del Lic. Ponce, que había desembarcado en Veracruz, y de cuya venida ya tenía noticia el conquistador. Este escribió á Ponce, felicitándole y haciéndole grandes ofrecimientos; mas el juez se había puesto en cinco días en Ixtapalapa, donde fué obsequiado con un conviteuntuoso que indispuso su salud, y se habló de veneno, aunque los demás que asistieron á él no tuvieron novedad. El 2 de Julio, entró Ponce en México, saliendo á recibirle hasta las orillas de la ciudad, y acompañándole hasta su posada, Cortés, el ayuntamiento y las principales personas de la ciudad. Al día siguiente se leyeron en público los despachos del emperador: en aquel acto los alcaldes ordinarios presentaron sus varas al Lic. Ponce, quien se las restituyó inmediatamente; presentó la suya Cortés, y el juez dijo: "Esta vara del señor gobernador la guardo para mí." Se publicó el bando de residencia; pero Ponce estaba atacado de fiebre, y murió á pocos días, dejando sustituido su encargo en presencia del ayuntamiento al Lic. Marcos de Aguilar; éste, que ya estaba enfermo, agramado con el peso del gobierno, murió á los dos meses, nombrando en su lugar al tesoroero Estrada. Se había disputado sobre la legalidad de la sustitución hecha en Aguilar, y la que éste hizo en Estrada sufrió tal contradicción, que para evitar disturbios, fué necesario convenir en que Estrada y Sandoval gobernarán el reino en lo civil, y Cortés en lo militar, y negocios de indios.

Mas Albornoz, que estaba en España, informaba al emperador contra Cortés, agregando á las antiguas acusaciones, la de haber envenenado al Lic. Ponce de León, de que resultó que el monarca mandase que solo Estrada gobernase en México. Cuando éste se vió autorizado de tal manera, emprendió una persecución contra Cortés y sus dependientes: á uno de aquellos, por una riña insignificante, y casi sin juicio, hizo cortar una mano: algunos días después notificó á Cortés destierro de la ciudad, y aunque esto pudo producir una sublevación, por el afecto que todos mostraban al conquistador, éste respondió que obedecía, y estaba para salir, cuando llegó á México Fray Julian Garcés, obispo de Tlaxcala, el primero que se mandaba á este continente, y la mediación de este varón apostólico, logró cortar todos los disturbios.

Por esta época llegó á México el orden para

que Salazar y Chirinos fuesen puestos en libertad, y no se hablara de sus anteriores delitos, ni de la muerte de Paz; las diligencias de la familia de éste pudieron únicamente lograr que se depositaran los bienes de ambos gobernadores. Llegaron juntamente varias providencias del emperador para que no se hiciese esclavos á los indios, prohibiéndolo bajo pena de muerte, y lo mismo el herrarlos, si no era en presencia de los oficiales reales; y eso á los revoltosos que no eran de aquellas provincias. Se prohibió que en México hubiera plateros, pues no debía haber allí otra fundición que la del rey.

Creían en la corte las sospechas contra Cortés, y el mal éxito de los particulares enviados á reprimirlo, hizo pensar en una corporación que no pudiese faltar de un golpe, y que estuviese investida de la autoridad suficiente: al efecto se nombró una audiencia, cuyos oidores fueron honrados cuanto fué posible: su jurisdicción se extendía á todo lo que se llamaba Nueva-España, y al mismo Cortés pidió el emperador los diese salones en su palacio. También se mandó el primer obispo á México, que fué Fray de Zumárraga, franciscano: traía el título de protector de los indios, y venían con él multitud de religiosos del mismo Orden, y de Santo Domingo.

Nuño de Guzman, que era gobernador de Panamá, tuvo entonces una diferencia sobre tierras con Estrada, gobernador de México, la que al fin se decidió, triunfando el segundo con las armas; pero produjo en Guzman un resentimiento, por el cual después informó mal á la corte contra el mismo Estrada y contra Cortés, á quienes suponía unidos, y con planes de infidelidad. El emperador, después de muchas indecisiones y de acuerdo con el consejo, escribió una carta muy afable á Cortés, llamándole á España para tratar allí los negocios de México: el conquistador, que ya pensaba en hacer este viaje, se embarcó efectivamente, llevando consigo alhajas exquisitas, grandes tesoros, animales particulares del país, ricas manufacturas y cuanto precioso y raro había en este continente; llevaba por fin á varios mexicanos diestros en los juegos de su nación y á varios enanos y contrahechos, singulares por su deformidad.

Interin navegaba Cortés, las acusaciones de Nuño de Guzman, hicieron que en la corte se nombrase á éste por presidente de la audiencia, aunque sin voto, y se hizo partir á los oidores, dándoles instrucciones para el buen gobierno, siendo notables entre ellas la de residenciar á Cortés y la de cuidar que los mexicanos no aprendiesen á manejar los caballos. También se mandó imponer un siete y medio por ciento de alcabala sobre las mercaderías.

Aun no se embarcaban los oidores, cuando llegó Cortés al puerto de Palos, de donde Colon algunos años antes había salido á descubrir al Nuevo-Mundo. Pocos días después llegó al mismo lugar Pizarro, reuniéndose así los conquistadores de América.

Cuando Cortés llegó á la corte, enfermó de gravedad, y fué visitado por el mismo emperador, quien despues le confirmó el título de capitán general de México, no su gobierno: se pensaba en concederle todo el reino de Michoacan; mas el conquistador prefirió varias ciudades y lugares, que entonces eran ricos y poblados, y se le concedieron: se hizo ademas justicia á varias quejas que interpuso contra algunos de las injusticias cometidas por los gobernadores del Nuevo-Mundo, y se acordaron varias providencias en favor de los indios, repitiendo de la que no se herrarán ni se entrase á los pueblos á hacerlos esclavos.

La audiencia, entre tanto, se había instalado en México: á los tres días de llegados, murieron dos oidores y quedaron los otros dos, Delgadillo y Martínez, y el presidente: éstos procedían con grande animosidad contra Cortés, quien esperaban fuese desatendido completamente en la corte; mas cuando les llegaron las noticias del buen recibimiento que le había hecho el emperador, temiendo verse repentinamente á Cortés delante, ofendido y poderoso, determinaron hacer el último esfuerzo contra él: previnieron, pues, á los ayuntamientos que eligiesen procuradores ó diputados para una junta ó congreso en México, en el que se debían arreglar asuntos de bien público y del servicio del rey.

Cuando llegó á proponerse en esta asamblea que se impidiese la vuelta de Cortés á México, no fué posible reducir á gran número de los diputados al partido de la audiencia; en vista de esto, el presidente, Nuño de Guzman, se presentó un día con armas en la asamblea, lanzó de ella con vilipendio á los que no eran de su partido, y á los que quedaban les hizo espresar su voto contra Cortés y nombrar como procuradores á la corte á dos enemigos declarados de éste, á quienes cedió gran cantidad de dinero para que les sirviese en ella de resorto.

Llevaron los mensajeros á la corte la residencia contra Cortés, en que había grandes cargos contra él, acusaciones contra los obispos y los religiosos, contra muchos de los conquistadores, y se pedía para la audiencia y sus partidarios, riquezas y amplias facultades. Al mismo tiempo se dió orden para que nadie pudiese escribir á España lo que pasaba en México, y Guzman avisaba al emperador que iba á hacer una expedición contra los Chichimecas, que hacían sus correrías hasta veinte y cuatro leguas de la ciudad.

A pesar de la prohibición, los obispos y los religiosos, que no ignoraban lo que contra ellos se escribía, tuvieron modo de hacerlo tan bien á la corte, refiriendo por menor la violación de las leyes en favor de los indios hecha por los gobernantes, que se decía que á pesar de la mediación de los eclesiásticos, como protectores de indios, no se había dejado de esclavizar á éstos, herrarlos, y aun por leves causas, matarlos y aun quemarlos vivos: referían tambien otros atentados, cometidos por la audiencia contra los mismos españoles, y en especial contra los eclesiásticos y sus inmunidades. En la representación de los franciscanos se hallaba la memorable espresion de que "menor mal era que los indios no se convirtieran á la cristiandad, y se perdiese para siempre el señorío del rey, que el obligar á aquellos pueblos á uno y á otro, con la esclavitud."

Cuando las noticias de todo llegaron al monarca, éste se persuadió mas y mas de la inocencia de Cortés, y resolvió quitar el poder á la audiencia. Se hicieron nuevas concesiones al conquistador, quien no solo las aprovechó para sí, sino para sus amigos, y muy particularmente para llevar á la colonia, individuos de ambos sexos de las órdenes religiosas y para fundar instituciones de beneficencia. Recibieron él y los de su comitiva obsequios del emperador y se dispusieron á partir á México, llevando renovadas todas las órdenes en favor de los indios.

Aunque la multitud de informes y quejas, que contra el presidente y oidores se recibían, habían determinado al emperador á removerlos, éste no lo hizo, y dejó este negocio á la emperatriz, encomendada del gobierno, mientras Carlos marchó á Flandes. Esta señora resolvió mandar un virey, cargo que, despues de rehusado por algunos grandes, fué aceptado por D. Antonio de Mendoza, caballero de la primera nobleza; pero pidió algun tiempo para disponer sus negocios antes de partir. La emperatriz nombró entre tanto una nueva audiencia, compuesta del presidente D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la Española, y los licenciados Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Caines, y Juan de Salmeron, á quienes se asignó un sueldo para que no viviesen grangerías. Se les mandó que dirigiesen su camino por la Española, para que allí se reuniesen al presidente, y que llegados á México, entrasen en la ciudad llevando con gran pompa y respeto el sello real, y tomasen residencia á sus antecesores y otros funcionarios, y encontrando ciertos cargos, les prendiesen y despachasen á España: llevaban tambien instrucciones para enmendar muchos de los atentados cometidos por Guzman y la audiencia, y para hacer efectivas las leyes en favor de los



indios y conservar buena armonía con Cortés.

En México continuaba el gobierno arbitrario de Guzman y sus partidarios, espresándose principalmente su rigor contra los eclesiásticos, que á pretexto de proteger á los indios, hacían fuerte oposicion al gobierno. En una ocasion que dos individuos á quienes perseguía la audiencia, se retrajeron á sagrado, los jueces, por medio de sus alguaciles, los estragaron de él. El obispo escomulgó á los oidores; pero Delgadillo en la plaza pública maltrató al alguacil mayor del obispo, le hizo pedazos la vara, y le puso grillos. Los religiosos de la ciudad fueron en procesion á sacar á los presos; pero Delgadillo saltó con su lanza, les tiró algunos botes; aunque á nadie hirió, los de la procesion huyeron, y la audiencia echó bando, imponiendo la pena de muerte al que no la ausiliase contra los eclesiásticos. El rigor continuó, y Guzman hizo una expedicion á Michoacan, en que prendió al rey; no obstante ser aliado de los españoles, le hizo dar tormento para que descubriese sus tesoros, y al fin le mandó quemar vivo.

Entre tanto, llegó Cortés á Veracruz, y los mexicanos y españoles creyeron ver el fin de la opresion: acudieron á él, quejándose de lo que habian padecido, y él tomó posesion de uno de los pueblos que el monarca le habia concedido; pero la audiencia anuló este acto, y trató de prender al conquistador y reembarcarlo para España. El á su vez hizo notificar á los oidores su nombramiento de capitán general, y como los jueces hacian gente y preparaban la artillería, acaso se hubiera encendido la guerra civil, si no hubiera mediado el obispo de México, Zumárraga. En estos tiempos, Fr. Pedro Gante, lego franciscano, fundó un colegio para niñas nobles mestizas y caciques, que es el llamado hoy vulgarmente de las Niñas, y otro para hombres, que es el de S. Juan de Letran.

Los oidores nuevos llegaron á México; mas sin el presidente, pues las inclemencias del mar no les habian permitido tocar en la Española. Se dictaron providencias para poner en posesion á Cortés de algunas de las concesiones que se le habian hecho; pero esto dió lugar á disturbios, que fué necesario cortar, adoptando términos medios en favor del gefe. Sea por estos disturbios, sea fatigados por la opresion, los indios se rebelaron, y tratando de sacudir el yugo, mataron á mas de doscientos españoles dispersos en varias provincias; pero el gobierno de México encargó á Cortés la represion de los independientes, la que consiguió, y castigó á los principales motores, quemando vivos á unos, echando á perros feroces á otros, y el escarmiento sostuvo el yugo español.

Llegó el obispo Fuenleal, y se trató de restituir el orden y sostener la libertad y franquicia de los indios, por los que disgustados muchos españoles, fueron á unirse con Nuño de Guzman, á quien no se habia considerado prudente por la nueva audiencia remover del mando de la expedicion de los Chichimecos; y con aquella gente se fundó Guadalajara, denominando su provincia, reino de Nueva-Galicia, y la audiencia aprovechó la ocasion para mandar á poblar allí á muchos españoles, con cuya ausencia se fomentó la paz y tranquilidad de México. Se hizo en esta ciudad la jura de la reina Doña Juana, del rey Carlos, y el príncipe D. Felipe.

El gobierno de la audiencia y del obispo Fuenleal, fué provechoso para la ciudad, á los que procuraron hermohear de mil modos, y para los indios, cuyas franquicias y privilegios sostuvo. Entonces se estableció la célebre disposicion de que las aguas, montes y pastos fuesen comunes, y que en las ciudades y pueblos de indios eligiesen alcaldes y justicias de entre los suyos. Aunque hicieron algunos esfuerzos los encomenderos, ya contra las providencias en favor de los indios, ya contra la ciudad de Puebla, recientemente fundada, la audiencia sostuvo las suyas, y justificó sus operaciones ante el emperador.

En el año de 1535, llegó por fin á México el primer virey nombrado, D. Antonio de Mendoza, que fué recibido con la pompa que era posible en la Nueva-España, y que correspondía á su dignidad: trajo amplias facultades y órdenes para ser obedecido por todos los gobernadores: se le dieron tambien instrucciones para el buen gobierno, y entre otras, la de que no se enseñase á labrar armas á los indios. Mendoza debia obtener el vireinato por el tiempo de la voluntad del emperador; pero sus sucesores solamente debian durar seis años.

Bajo el gobierno de este virey, se dió lo que se pudiera llamar el primer código de Indias: estaba dividido en dos partes: la primera contenia las obligaciones generales del cristiano, un resumen de las leyes que hasta entonces se habian publicado en favor de los indios, y las penas contra los infractores de las mismas. En la segunda parte se contenian las obligaciones de los españoles para con los indios, con mandamiento de quejarse á los jueces, siempre que éstos faltaran. Mendoza, segun las ordenes del emperador, convocó á los indios á la plaza pública un día festivo, é hizo que un religioso, práctico en su idioma, les leyese estas ordenanzas: lo mismo se verificó en las demas poblaciones del reino. En su tiempo, fué nombrado el oidor D. Vasco de Quiroga, obispo de Michoacan, y hubo en México la primera imprenta: comenzó á fabricar la casa de moneda, y á acuñar cobre

y plata, pues el oro debia mandarse á España en tejos. Comenzó á abrir caminos; en su tiempo se fundaron varios establecimientos de beneficencia; y procuró contener las tiranías de los funcionarios públicos.

Entre tanto, llegó á México el Lic. Diego Perez de la Torre, que venia comisionado por el emperador para visitar á varios de los empleados y hacerles cargos por su conducta, y en especial á Nuño de Guzman, para quien, por el gran poder que tenia, se habia juzgado necesaria esta providencia particular. Guzman fué remitido á España, en calidad de preso, aunque algunos dicen que bajo fianza: como quiera que sea, él estuvo en la corte y murió antes de que se sentenciara su proceso. En su lugar fué nombrado gobernador de Nueva-Galicia, Francisco Vazquez Coronado, dependiente y recomendado del virey.

Entre los protectores de los indios, se distinguió el famoso padre Fray Bartolomé de las Casas: logró éste persuadir, que la mayor parte de las sublevaciones de los mexicanos, habian nacido del mal trato que se les habia dado, y que á las poblaciones donde todavía no habian entrado los españoles, seria bueno no mandar soldados, sino solo religiosos misioneros, que redujesen á los indios á la cristianidad; adoptó Mendoza el proyecto, y se hizo el ensayo en Chiapas, donde el padre Las Casas y gran número de religiosos, trabajaban gloriosamente en su apostólica mision; pero Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, hizo entre los indios desarmados una irrupcion militar: éstos se dieron por ofendidos, abandonando la nueva religion, y corrieron á defenderse de sus enemigos. El padre Casas marchó á España inmediatamente, y aunque sus alegatos á la corte no remediaron los males, obtuvieron varias providencias para el mejor gobierno de la colonia, entre otras la fundacion de la universidad de México.

La paz que este gozaba, se interrumpió por una discordia entre el virey y Cortés: dominaba entonces en el Nuevo-Mundo la opinion de que existia un reino llamado de Quivira, mas abundante en oro y piedras preciosas que cuanto hasta allí se habia descubierto: tratóse pues de conquistarlo, y quisieron hacerlo cada uno por su cuenta, Cortés y el virey: varias expediciones salieron por cuenta de ambos gefes en busca del tal reino, que nunca se encontró; pero esto dió lugar á disturbios entre las dos principales personas de la Nueva-España, y Cortés, disgustado, marchó á Europa á representar sus derechos, que creía violados, al monarca. En obsequio del virey Mendoza, se hizo una partida de caza al estilo mexicano, en una gran llanura, entre Jilotepec y San Juan del Río, y pa-

ra perpetuar la memoria de este hecho, se llamó desde entonces aquel, llano del Cazadero, nombre que aun conserva. Se cuenta que toda la moneda de cobre que se habia fundido, fué recogida por los mexicanos y echada á la laguna: entonces se mandaron acuñar cuartillas de plata.

Algunos pueblos de indios de la provincia de Guadalajara se insurreccionaron entonces, y aunque acudió el socorro de los españoles Pedro Alvarado, la primera accion fué desgraciada: los indios triunfaron, y Alvarado pereció: corría la voz de que Michoacan y Tlaxcala debian ausiliar la rebelion, y que debian acabar con los españoles, y dió tanto cuidado al virey esta guerra, que marchó él mismo á la expedicion, llevando gran número de auxiliares indios, entre ellos los tlaxcaltecas, y habiendo concedido á los caciques que fuesen á caballo, este favor particular, de que murmuraron los españoles, le atrajo al afecto de los indios. El virey se manejó con política y suavidad en la expedicion: al mismo tiempo que se combatia, hacia Mendoza que se notificase á los enemigos, que si se rendian, no se les castigaria, y gozarían todos los privilegios de los mexicanos: ya por esta lenidad, ya por las operaciones militares del virey, logró que los insurgentes rindieran las armas, y después de una campaña de año y medio, volvió á México, sin cautivos ni despojos, y á su paso por Michoacan fundó la ciudad de Valladolid, en honor de la del mismo nombre de España, que era su patria. Una expedicion marítima hecha en la costa de las Californias, llegó á descubrir hasta el cabo Mendocino, nombre que se le puso en honor del virey.

Las representaciones del padre Las Casas en la corte, hicieron que el emperador tratase de renovar las antiguas leyes de las Indias, y aumentar otras para el arreglo de varios ramos. Para establecer éstas en México, se despachó al Lic. Francisco Tello de Sandoval, inquisidor de Toledo, cuyo oficio debia ejercer en la Nueva España: debia ademas visitar los tribunales, las oficinas y el virey, y cuidar del arreglo espiritual, y de las fundaciones pias de la Nueva España.

Habia entre las nuevas leyes algunas para reformar á los encomenderos, y una en especial para que á la muerte de éstos, la encomienda recayese en la corona: y aunque se procuraron tener secretas, no pudo impedirse que llegaran á noticia de los interesados, que proyectaban salir á recibir al inquisidor vestidos de luto; pero el virey lo impidió: llegado Tello el 8 de Marzo, y alojado en el convento de Santo Domingo, en la madrugada del 10 se le presentaron reunidos los encomenderos, dán-